

UCD: De la batalla vertical de los Pactos de la Moncloa a la horizontal de los compromisarios

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CON la publicación de las normas de celebración de las asambleas provinciales, que precederán al congreso que realizará la organización el próximo mes de septiembre, se inicia una nueva fase de la lucha interna que viene desarrollándose en Unión de Centro Democrático desde hace poco más de un año. La convocatoria de estas asambleas a nivel provincial, en las fechas límites del 15 de junio al 10 de septiembre, es sumamente importante en los pasos a dar hasta organizar el primer congreso de UCD, previsto para finales de septiembre, puesto que tienen como principal finalidad la elección de los aproximadamente 1.300 compromisarios que asistirán a esta decisiva reunión de la principal fuerza política de la derecha democrática.

Tres criterios son los que fundamentalmente van a regir la designación de estos delegados, aparte de la presencia de todos los parlamentarios y miembros del Comité Ejecutivo nacional, electos por la base: uno por cada 100 afiliados o fracción superior a 50; uno por cada 15.000 votos obtenidos para el Congreso de Diputados, o fracción superior a los 5.000, y uno en función del porcentaje logrado en cada provincia a razón de un representante por cada 15 puntos. Triple representación que, sin ninguna duda, va a favorecer una superrepresentación de dos o tres grandes capitales en detrimento de núcleos intermedios de población, y que busca reflejar tanto al electorado como a los afiliados.

Para calibrar las dificultades de esta batalla de los compromisarios hay que tener en cuenta, partiendo de un estricto cumplimiento de las normas, que aunque nadie conoce exactamente el número de afiliados parece evidente que no existe ni una mínima organización partidaria a nivel nacional. Si son exactas las cifras existentes en Madrid (parece ser que oscilan alrede-

dor de 1.080), se comprenderán fácilmente las dificultades y obstáculos de esta importante lucha entre las dos fundamentales tendencias de UCD. Buen índice de esta casi carencia de afiliados lo proporcionan las normas para la celebración de las asambleas provinciales cuando señalan que "asistirán todos los afiliados si su número no excede de 500". Es decir, al año de su constitución como coalición electoral; al semestre de su unificación, a un trimestre de su primer congreso, UCD continúa contando proporcionalmente con tan pocos militantes como los que contaba el abanico de siglas fundacionales que la constituyeron. Lo que, es indudable, beneficia al sector que hoy controla el rudimentario aparato orgánico encargado de organizar el primer congreso de Unión de Centro Democrático.

Una falsa dicotomía

Ello no significa que haya vencido ya el ala instalada en esta pieza clave de la estructura partidaria. Por el contrario, la convocatoria de las asambleas provinciales van tanto a recrudecer la polémica como a aumentar el número de afiliados. Socialdemócratas, cristiano-demócratas, liberales y azules van a intentar colocar el mayor número de compromisarios posibles. A pesar de que un núcleo controle hoy el aparato, nada está decidido; porque UCD es un permanente zigzag desde que se constituyó, sin que haya aún perfilado su organización, programa e ideología.

La situación es tan confusa que hace difícil, por no decir imposible, apreciar cuanto está sucediendo en el seno del partido gubernamental.

La excepcional personalidad de Francisco Fernández Ordóñez y la controversia reciente en torno a los pactos de la Moncloa provoca un rápido e inadecuado uso de etiquetas políticas

para intentar definir los bandos contendientes. Sin embargo, la anterior batalla por su verticalidad tiene poco que ver con la actual de los compromisarios por su horizontalidad. Porque el entrecruzamiento y casi simultaneidad cronológica de la lucha por la interpretación del plan de saneamiento económico con la del poder en el partido se presta a fáciles conclusiones sobre el carácter progresista o conservador de esta o aquella tendencia. Cuando la posición de cada líder o diputado de UCD



Landelino Lavilla, ex consejero de Banesco, Editorial Católica, Campsa, Cartisa, Acerinox, Banesto... y uno de los puntales de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

varía extraordinariamente nada más observarle desde un plano horizontal o vertical. Es decir, nos referimos en concreto a que es tan incorrecto afirmar que hay tendencia "izquierdista" o "derechista" como correcto indicar que hay conservadores o progresistas que no coinciden con las posiciones de las siglas en las que se encuentran.

Bien mirado ello se deriva de la inexistencia real de partidos de la derecha durante los últimos años de la dictadura. Estructurados rápidamente, en torno a una personalidad, son perfectamente intercambiables

entre sí. De ahí que no se pueda hablar en propiedad de militantes democristianos, socialdemócratas o liberales, sino de hombres de la derecha que en las postrimerías de la transición política confluyen en organizaciones muy reducidas sin apenas base alguna. Hablar en este sentido, salvo contadas excepciones personales, de políticos con mentalidad ideológica determinada, es pura especulación. Por sí fuera poco, además, la distribución de parcelas de poder ha roto todavía más la tímida conexión ideal con una sigla ideológica para superponer feudos personales a las previas clientelas políticas.

Por ello hay que señalar, de entrada, la existencia de una falsa dicotomía a la hora de analizar lo que ocurre en el interior de UCD. No asistimos al enfrentamiento de una supuesta derecha carca frente a una derecha dinámica, sino a la pugna entre distintas concepciones ideológicas e intereses socioeconómicos de toda la derecha democrática. No hay ningún sector en estos momentos que defienda una política de alianzas con AP o José María de Areilza, sino un debate en torno a cómo ha de organizarse en un sentido programático-ideológico un partido de la derecha y a las distintas interpretaciones de una política de centro izquierda. Así, presentar unilateralmente a Joaquín Garrigues como progresista, cuando fue uno de los principales defenestradores del profesor Fuentes Quintana, o como reaccionario a Fernando Álvarez de Miranda, cuando fue el único líder de UCD en defender una política de concentración, es moverse en un clisé o estereotipo político.

Tampoco se está ventilando el gobernar o no aliados con el PSOE, en el caso de que las elecciones próximas confirmen los sondeos existentes, puesto que son numerosos los demócratas cristianos que han establecido y establecen alianzas

con los comunistas o los socialistas. Podrá haber, y hay, mayores o menores matizaciones o lecturas de una común política; pero no reside ahí el principal punto de discordia que divide a las familias ideológicas integrantes de la Unión de Centro Democrático. No se discute, en líneas generales, el tipo de política a seguir, sino qué tipo de poder interno debe existir en el interior del partido. Es decir, no es tanto esta o aquella política como la posibilidad de hacer política.

Intereses y grupos de presión contrapuestos

De ahí que, con la mencionada excepción de Francisco Fernández Ordóñez, varíen las posiciones progresistas o conservadoras de cada uno de los sectores que integran la Unión de Centro Democrático sobre cada caso o cuestión concreta. El que hoy es "progre" en este asunto, mañana es "carca" en el otro, y viceversa. Porque no hay que olvidar que la etiqueta socialdemócrata no garantiza en España el contenido del envase. No es posible hablar de una tendencia socialdemocrática, sólidamente estructurada en lo ideológico y en lo político, sino de la utilización —en la mayoría de los casos— interesada de esta imagen ideológica.

Así, tras el combate en primer plano de estos sectores por el poder interno, aparecen otro tipo de luchas más sordas e internas, propias de todo sistema de economía de mercado. Capital nacional "versus" internacional, grupos de presión contra grupos de presión, monopolios contra multinacionales —todas las fracciones del bloque sociopolítico de la derecha—, son pugnas que encuentran su reflejo, de un modo u otro, en la oposición política demócrata cristianos-socialdemócratas.

Joaquín Garrigues, cuya familia forma parte de un total de 32 Consejos de Administración de grandes empresas preferentemente extranjeras; Landelino Lavilla, ex consejero de Bandesco, Editorial Católica, Campsa, Cartisa, Acerinox, Banesto; Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) con Landelino Lavilla, Marcelino Oreja Aguirre, Inigo Caverio; Opus Dei, que prácticamente tiene copada a la socialdemocracia "ucedista"; burocracia del antiguo régimen, etcétera, son algunos de los datos que rompen con una visión superficial y esquemática de lo que sucede en UCD.

Lo que fundamentalmente se



Arias Salgado, reciente ataque a los "azules", con Pérez Ordóñez, controversial sobre los pactos de la Moncloa, y Alvarez de Miranda, único líder de UCD que defendió una política de concentración.



Presentar unilateralmente a Garrigues como progresista, cuando fue uno de los principales defenestradores de Fuentes Quintana, es moverse en un clisé o estereotipo político.

está ventilando, una vez desaparecida la dictadura que monopolizaba la representación política de este conglomerado de intereses, es qué fracción de la derecha va a ser hegemónica en el decisivo campo del poder político en un momento y hora en que existe tanto una grave crisis económico social nacional como internacional. Disponer hoy de las palancas del poder político no es nada accesorio por sus consecuencias económico sociales. De ahí que no sea nada riguroso hablar de un sector "progre" o reaccionario en toda esta derecha dinámica y democrática. Se puede apostar por una u otra fracción, en función de una táctica política coyuntural, pero en absoluto disfrazar dicha maniobra legítima con una interpretación ideológica "a posteriori" blanqueando a un sector contra otro.

El "poder fáctico" de los azules

Es precisamente este empate de todas las fracciones de la derecha la que explica el gran poder del que siguen gozando los representantes de la anterior burocracia estatal. Esta neutralización entre sí de todos los sectores de la derecha, que se inicia desde los últimos años de la dictadura, es la que fundamentalmente ha hecho que uno de los funcionarios haya sido el árbitro del proceso político democrático y que continúen siendo el eje interno de UCD. El 34,5 por 100 de los diputados y el 41,5 por 100 de los senadores de la UCD son independientes —conocidos políticamente como azules—, frente al 19,4 por 100 y 18,9 por 100 del Partido Popular, 10,4 por 100 del Partido Demócrata Cristiano, el

9,7 por 100 y 6,6 por 100 de la Federación de Partidos Demócratas Liberales, el 8,5 por 100 y el 9,4 por 100 del Partido Social Demócrata, etcétera.

Por otra parte, la continuidad de estos independientes en puestos claves del aparato estatal —Ministerio del Interior o RTVE— aumenta cualitativamente su importancia. La pugna interna de UCD ha hecho de este bloque de hombres un esencial elemento de cohesión y conexión al no tomar partido por ninguno de los bandos contendientes, alimentando simultáneamente las posturas de unos y otros. Hasta tal punto ha llegado su función arbitral que el ataque de Rafael Arias Salgado a Socías Humbert —prototipo de los azules— es interpretado por algunos, junto con otros datos, como un poco más en dirección a una hipotética alianza azules-democrístianos que sustituya a la actual socialdemócratas-azules.

Pero, probablemente, este sector no va a romper el equilibrio que mantiene, del que deriva su "poder fáctico", continuando una vieja tradición política hábilmente practicada a lo largo de estas últimas cuatro décadas. Sin embargo, habituados a esta práctica propia de toda dictadura —una excesiva autonomía del personal político en relación con los intereses sociales defendidos—, corren el riesgo de calcular que la supervivencia de este poder autónomo, basado en una nueva coyuntura, va a ser posible a medio y largo plazo impidiendo la consolidación de una auténtica estructura partidista que refleje de un modo menos autónomo los intereses sociopolíticos de la derecha. Es decir, se van a ver obligados a tener que pactar con una de las fracciones en detrimento de otras; lo que provocará —hay datos que indican que está provocando ya— una división entre ellos al optar unos por los socialdemócratas y otros por los cristiano-demócratas.

La lucha por la hegemonía

La celebración de las próximas elecciones legislativas permitirá saber si podrán continuar en el tono claroscuro en el que se mueven y alargar su propia indefinición ideológica. Porque el mismo congreso, a pesar de sus previsible grandes tensiones, mantendrá la situación poco más o menos como hasta ahora. No en vano ha sido elegida la fecha de su celebración con un claro criterio estratégico al ser casi vísperas del referén-

dum constitucional y de las nuevas elecciones para el Congreso de Diputados y para el Senado.

Hay demasiados intereses en juego, en este caso el previsible avance electoral de la izquierda, para dividirse en estos momentos orgánica y electoralmente. Ninguna de las fracciones en pugna plantea ahora abandonar la organización, sino luchar por rentabilizar a su favor la plusvalía política electoral de las siglas comunes. Todo lo más que podría producirse antes de las elecciones sería el abandono personal, o el trasvase a otros partidos, de un grupo de personalidades.

La lucha interna de la derecha pasa hoy, fundamentalmente, a través de UCD, no siendo AP y José María de Arelliza más que francotiradores sin perspectiva alguna. La celebración del primer congreso y, sobre todo, los resultados electorales próximos, determinarán si vamos a seguir con la intermitencia hegemónica que la ha caracterizado este primer año de existencia, o si, por el contrario, un conglomerado de intereses socioeconómico-políticos acabará subordinando al resto de las fracciones. Lo que es fundamentalmente importante conocer en el complicado proceso de consolidación de la democracia que nos espera.

De donde se deduce que es erróneo apostar por el carácter progresista de esta o aquella fracción. Sería confundir los deseos personales con la realidad atribuir a un sector la representación genuina de la derecha democrática calificando a los restantes como retrógrados. Con frecuencia, en nuestra historia reciente hay abundantes ejemplos, se ha atribuido gratuitamente la representación exclusiva de la derecha civilizada a esta o aquella personalidad hoy políticamente olvidada por la evolución de los tiempos, para tropezar en la misma piedra. Quienes apuestan sin base alguna por una persona o tendencia al grito de Fulano de Tal o la derecha "carca", caen en una propaganda doblemente tendenciosa por su carácter de tendencia y de simplificación de la realidad.

Un partido interclasista

Hasta el momento, y con la importante reiterada excepción de Francisco Fernández Ordóñez, en UCD sólo puede hablarse de actitudes personales progresistas en este o aquel tema polémico que no definen a los

impropiamente denominados grupos "progresistas" o "conservadores". Así, si cogemos el tema de la OTAN, Fernando Alvarez de Miranda está a la izquierda del "tándem" Garrigues-Fernández Ordóñez; si analizamos los pactos de la Moncloa, el citado dúo se rompe, e incluso el ministro de Obras Públicas aparece a la derecha de Iñigo Cavero; si nos centramos en la enseñanza, el ministro de Educación está a la derecha de Joaquín Garrigues; si nos fijamos en el debate constitucional, todas cierran filas discutiendo únicamente quién va a negociar con el PSOE, etcétera.

Todo ello muestra la enorme dificultad que encierra analizar lo que es UCD. Sin ninguna duda es una de las principales lagunas analíticas del proceso democrático por cuanto es el partido en el poder, sobre el que ha girado la evolución política y que representa esencialmente los intereses sociales del bloque sociopolítico de la derecha española. Conviene tenerlo muy en cuenta a la hora de seguir el desarrollo de la batalla de los compromisarios que acaba de iniciarse. Porque la principal razón de que ninguna de estas fracciones políticas monopolice el progresismo es que cada una de estas siglas es tan interclasista como el partido en su conjunto. Es decir, la lucha entre fracciones se ve doblada por una pugna menos espectacular que opone núcleos "progres" contra núcleos "conservadores" en el seno de una misma sigla. Ello es lo que explica que la fracción "avanzada" por la mañana sea "retrógrada" por la tarde, y viceversa; dado que hay aspectos en los que, sin dañar sus específicos intereses, puede satisfacer su carácter interclasista, ante la concreta parcela de electorado popular que expresan.

De ahí que no convenga confundir el desarrollo de la lucha vertical en torno a los pactos de la Moncloa, que compromete el carácter interclasista de la organización, con la lucha horizontal de los compromisarios, en la que únicamente se discute qué opción de la derecha dinámica va a ser hegemónica. Es la errónea superposición de ambas batallas la que provoca el error de utilizar calificativos inapropiados para definir el contenido de la pugna. Porque parece claro que trasladar mecánicamente los adjetivos "conservador" o "progresista" de la batalla de los pactos de la Moncloa a la de los compromisarios es una equivocación teórica.

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

EL IDIOMA DEL DISPARATE

ESTOY seguro de que al bien la frase. Decía más o menos que había políticos que desviaban la atención de los problemas españoles hablando de Chile, "con el pretexto de que allí hay cuatro o cinco personas con problemas". No estoy seguro de la transcripción exacta: pero ese era el contenido de la frase que pronunció el señor Fraga Iribarne en la emisión de TVE para el aniversario de las elecciones del 15 de junio. Este énfasis inverso, esta exageración de la reducción, esta ceguera ante la realidad para servir los propios argumentos sigue siendo un vicio español. Quizá es más vicio español que nunca. Un político, un hombre que ha sido varias veces ministro, se queja de que se desborde la cuestión de Chile, y la desborda al revés, reduciendo esa larga tragedia a "cuatro o cinco personas con problemas".

Se leen, se escuchan, cosas sorprendentes. Se puede leer a un profesor, a un sociólogo —Francisco Murillo Ferrol— que dice que "la apatía en un país democrático es síntoma de normalidad" y que el "cierto desencanto" por "la tarea parlamentaria" y por la "imagen de sus protagonistas" es un aspecto de la cuestión que puede considerarse como positivo. Se puede escuchar, al filo de las cuatro de la madrugada, a un locutor de Radio Nacional de España que entrevista a alguien, y ese alguien le dice que no está interesado por la política: el locutor, entonces, lleno de entusiasmo, exclama: "¡Hace usted bien! Esa es una prueba de buen gusto". ¿Puede creerse que desde Radio Nacional de España se exhorte a la gente a no ocuparse de política y se premie su apatía, su desinterés, con el elogio del buen gusto? Con lo cual quedan considerados como gentes de mal gusto todos aquellos que se preocupan de la política de la comunidad.

¿Hemos perdido del todo la razón? Por algún resquicio, por alguna fisura, se nos ha ido el sentido del equilibrio, de la medida. Algo peor, el sentido de la realidad. Como al docto catalán Palau y Fabre que en la reunión del Pen Club, en Londres, se opone a que el castellano sea lengua cooficial, porque es "la lengua del Imperio": como si el francés y el inglés fueran la lengua de la opresión. Como el digno caballero andaluz Emilio Mancera Conde —apellidos castellanos— que se opone a que el castellano sea denominado castellano ("ABC", 16 de junio), porque esa palabra tiene reminiscencias "de conquista, de colonización y de repartimiento de tierras entre la nobleza y la Iglesia y las órdenes militares". Tierras que antes estaban tan excelentemente repartidas entre los bienes habiz, los califas, los chirfas, los ulemas y otros representantes del Islam, que tal vez no fuera un imperio.

El problema serio del castellano es el de que se va convirtiendo en el idioma del disparate. Y no ya en el pequeño disparate que denuncia cada día "Crítico" —Martín Descalzo— en "ABC" de decir "Algido" por culminante, "detentar" por ostentar o "desapercibido" por inadvertido, sino en el vehículo del disparate mental, de la exageración directa o inversa, del disimulo de verdad, del aprovechamiento de la conveniencia propia; en el idioma de la rencilla, de la irreflexión, de lo tendencioso, de lo impremeditado. El idioma en el que la verdad no cuenta.

Culpar de todo lo cual a don Antonio de Nebrija no es más que una pérdida más de sustancia de una entidad mental española, a la que la voladura realizada por la propaganda y el destrozo inmenso creado por el franquismo quizá no le permitan nunca más reponerse.

POZUELO